

ROSALBA CAMPRA¹

HISTORIAS

Sucedió en Morelia

Sucedió en Morelia, que no se llamaba así porque en aquel entonces todavía era tierra de indios; unos indios que a sí mismos se llamaban purépechas y aunque después para mayor tranquilidad de la lengua fueron llamados tarascos, bien se ven los rastros de su machaconería en los nombres de lugares de por ahí, Tacámbaro, Tarímbaro, Chucándiro, Zinapécuaro, Tupátaro, Tzurumútaro, Puruándiro. El de la Morelia de entonces habrá sido un nombre de esa laya.

Unidos, los purépechas. ¿Podían acaso conformarse con escalonar pirámides como las de todo el mundo? No, ellos levantaban yácatas: escalonadas, sí, pero circulares.

Guerrerrísimos, además, los purépechas. Ni siquiera los aztecas habían podido vencerlos.

Entonces, cuando vieron lo fea que se estaba poniendo la cosa con los españoles, los aztecas mandaron un embajador a pedir ayuda, o a ofrecer unión, que es lo mismo. El Irecha o Cazonci, que así de lla-

¹ Catedrática de la Universidad de Roma La Sapienza, donde reside; crítica literaria, investigadora, ensayista, escritora y artista. Cuenta con una amplia producción tanto académica como narrativa, en la que se destacan sus aportaciones al género fantástico. Profundizó sus estudios en cine y en teatro en la Universidad de Nancy y en la Universidad de París VII Denis Diderot. El presente aporte proviene de *Ciudades errantes* (Córdoba: UCC, 2007). https://it.wikipedia.org/wiki/Rosalba_Campra

no era el título del supremo jefe de los purépechas, rechazó la oferta: “Muera cada uno por su cuenta”, dijo.

El murió de viruela. Los aztecas, ya se sabe cómo les fue, que de sus ciudades esplendentes quedó nomás una masa de cascotes para usar como cimientos de ciudades venideras.

Sucedió en Antigua

Santiago de los Caballeros de Guatemala se llamó esta ciudad fundada entre volcanes. Pedro de Alvarado, el fundador, era extremadamente hermoso, y cruel, y temerario, lo que no le impidió morir como cualquiera de los soldados que morían en las batallas de la conquista, sólo que, a diferencia de los soldados rasos, el murió pronunciando una de esas frases célebres repetidas en todas las guías turísticas.

Pobre su esposa, tan joven y tan enamorada. En medio de una tormenta que no tenía visos de parar nunca más le trajeron la noticia de que se había quedado viuda. Con soberbia de tamaño solo comparable al de su congoja, ordenó poner la ciudad a luto, y se hizo nombrar gobernadora. En las actas de nombramiento, Beatriz de la Cueva firmó como “La sin ventura”. Hubiera podido escribir “Primera mujer gobernadora del Nuevo Mundo”, pero es poco probable que lo haya sabido, y por lo demás cuarenta horas después murió junto con todas sus damas bajo la avalancha de barro que derrumbó su casa.

No es sin embargo gracias a las inundaciones sino a los terremotos que Santiago de los Caballeros se transformó en Antigua: la ciudad en ruinas más bella del mundo. Por la ventana cuidadosamente entornada de uno de los cuartos del hotel que se jacta de haber quedado siempre en pie alcanzan a verse, reflejadas en un espejo, parte de una cama cubierta con su colcha de encaje y una mesita alumbrada por un quinqué. Es curioso que el quinqué esté encendido, pues es mediodía y la luz tierna de Antigua no tendría dificultad en insinuarse aun a través de los postigos. Por si los fantasmas, concede despectiva a los turistas que se lo preguntan una vieja atareada en el jardín desde donde se oye, cada año más cercano, el resuello del Volcán de Agua y el Volcán de Fuego.

Sucedió en la Habana

Dicen que cuando llegaron vieron las sirenas, y que tenían hocico de perro. También dicen que vieron los dragones, pero que tenían forma de hombre, y no echaban fuego por la boca, sino humo por la nariz, y que un cacique entre otras cosas les regaló su nombre para que pudieran decir dónde estaban asentando sus bohíos de madera y guano, porque eso nomás era la ciudad al comienzo, pero siendo además un bonito puerto, piratas y reyes dieron pronto en codiciarla, y ellos en defenderla con terquedad, y de ahí en adelante, habiéndole tomado gusto al alboroto, no cesaron hasta declararse independientes primero, y revolucionarios después, como documentan novelas, cuentos y poemas.

De aquellos primeros tiempos de prodigio, en cambio, no hay pruebas, porque descubridores y fundadores escondieron los papeles correspondientes, previendo venderlos a los anticuarios cuando otros tiempos lo aconsejaran.

Sucedió en Santa María

Santa María hay muchas, y la mayor parte de ellas está en los libros.

Tomando ejemplo de tanta ciudad de palabras, hubo quien trató de fundar su Santa María en un suelo que pudieran recorrer sus pasos, pero sin mayor éxito. A alguna se la llevó el viento antes de darle forma, a otra no le convino el nombre, o bien quien se negó fue el terreno; en fin, una resistencia de la materia. O tal vez se haya tratado de la resistencia de los sueños.

Sucedió en una ciudad que se quedó sin nombre

Ardieron las bibliotecas de la ciudad. No quedan libros, y los que quedan están encerrados dentro de cajas de vidrio en lejanas ciudades brumosas, donde nadie los escucha. Entonces es como si nunca hubiesen hablado. La luz a la que se los pintó tenía la hondura de los ópalos, ahora todo se ha ido ofuscando. Medra sólo el silencio.

Qué nos queda sino comerciar simulacros. Souvenirs, señora.